

VIEJOS Y NUEVOS PADRES PARA VIEJOS Y NUEVOS TERAPEUTAS¹ **OLD AND NEW PARENTS FOR OLD AND NEW THERAPISTS**

STEFANO CIRILLO

Scuola Mara Selvini Palazzoli
stefanocirillo@scuolamaraselvini.it

MATTEO SELVINI

Scuola Mara Selvini Palazzoli
matteoselvini@scuolamaraselvini.it

ANNA MARÍA SORRENTINO

Scuola Mara Selvini Palazzoli
annamariasorrentino@scuolamaraselvini.it

RESUMEN

Los autores han comparado las observaciones encontradas en los padres de los años 90, con aquellas más recientes de los padres del último año y medio: desaparecen los “padres tradicionales”, y seguimos sin encontrar “nuevos padres”: ¿son un factor de protección?. Cada vez son más frecuentes los padres, incluso separados, que se convierten en los solicitantes y en el recurso de la terapia familiar.

El testimonio de Matteo Selvini, de la relación de su madre Mara Selvini Palazzoli con su propio padre y las del mismo Matteo, de Stefano Cirillo y de Anna Maria Sorrentino sobre la relación de cada uno de ellos con sus respectivos padres, muestran como sería necesario un trabajo personal, para superar los límites asociados a haber tenido un “padre tradicional”. Además las entrevistas realizadas a los residentes en psicología muestran cómo el haber tenido un “nuevo padre”, o el mismo hecho de reflexionar sobre un “padre tradicional”, permite mejorar la manera de ayudar a los padres en terapia. Se teoriza que las competencias parentales no tienen sexo: la distinción entre paterno y materno ha estado históricamente determinada por la cultura patriarcal y viene minimizada en la cultura moderna de la parentalidad compartida.

Palabras claves: declive de los padres tradicionales, experiencias del terapeuta con su propio padre, recursos, padres, terapia, resonancias.

ABSTRACT

We made a comparison between our observations on fathers met in the nineties with those on the fathers we have met during the last 18 months: traditional fathers are disappearing, and we still don't meet new fathers: are they a protective factor? More and more fathers, also separate, become those who ask for a therapy and they themselves are a resource for it. Matteo Selvini's personal experience about his mother Mara Selvini Palazzoli and on

¹ Artículo traducido por Dimitri Malventi, email: dimitri.malventi@gmail.com.

himself, Stefano Cirillo's and Anna Maria Sorrentino's ones, show how, for the biggest part of psychotherapists, the mother is the model of a good parent and how it is necessary a work on themselves to overcome the limits associated to the figure of traditional fathers. Also the interviews with the specializing students show how growing with a new father or re-thinking a traditional father allows to better helping fathers in therapy.

Our basic assumption is that parental skills have no sex: distinctions between paternal and maternal roles have been historically determined by patriarchal culture and are now to be minimized in modern culture of parental sharing.

Keywords: Fathers, decline of traditional fathers, therapists' personal experiences about their own fathers, fathers' resources in therapy.

Observaciones Cuantitativas sobre los Padres encontrados en las Terapias Familiares y en la Formación de Terapeutas Sistémicos.

DESDE HACE MÁS DE TREINTA AÑOS TRABAJAMOS EN EQUIPO sobre una casuística constituida por pacientes con edades comprendidas entre 11 y 25 años, con una edad media de unos 17 años, dos tercios de los cuales son mujeres, con familias en la mayor parte de los casos con un nivel adquisitivo alto, y sintomatología relevante, como son los trastornos de la conducta alimentaria, cuadros psicóticos, depresiones mayores, trastornos de la personalidad y alteraciones del comportamiento graves. Se trata del mismo grupo de trabajo con pacientes que se ejemplifica en *Juegos psicóticos en la familia* (1990), tratado en los años 80.

Nos hemos ocupado de los padres desde varias perspectivas, especialmente de los padres autárquicos de las anoréxicas (*Chicas anorexias y bulímicas*, 1999) y más específicamente uno de nosotros ha realizado un estudio sobre los padres en terapia en la segunda mitad de los años 90, comparándolos con los padres de las residentes en psicología de la escuela de psicoterapia (Selvini, 2000). Actualmente hemos replicado el anterior estudio publicado en el 2000 para observar el desarrollo longitudinal del "fenómeno padre". Hemos tomado en consideración las últimas 28 familias de pacientes no solicitantes que han llegado a nuestra unidad en el último año y medio, y hemos encontrado cambios verdaderamente asombrosos.

Nos encontramos frente a la revalorización de padres que, tanto psicoterapeutas como observadores, habían tachado de débiles, ausentes, seductores, "Mamás", etc... (Pietropolli Charnet, 1995, Zoja, 2000).

El dato que más sorprende es que hoy en día, en una petición de ayuda para un hijo problemático, los padres son activos protagonistas en la mitad de los casos, fenómeno que antes se observaba como algo anecdótico, en cuanto la petición era regularmente presentada por la madre (Andolfi, 2001).

Hemos constatado que actualmente en el 15% de los casos la petición de ayuda es compartida por ambos padres, en el 26% la petición nace del padre y en el sobrante 59%, la protagonista es la madre. Los datos no cambian mucho si tomamos en consideración las familias separadas. Es una nueva manera de vivir la separación, en la cual la cultura de la

ley 54 sobre la tutela compartida (Quillici, 2001) parece tener un rol central en dicho cambio. Tanto que, mientras que en los años 80 las peticiones de terapia familiar de las familias separadas eran raras y en los 90 habían llegado a ser una sobre cinco, hoy en día llegan a la mitad! Un incremento claramente más rápido con respecto a las separaciones en la población general.

Presentaremos más adelante como caso emblemático el de un padre solicitante, separado, muy presente y con un rol de cuidador, un “nuevo padre”, que se demostrará como recurso fundamental en la terapia del hijo.

En el estudio de los años 90, Selvini había clasificado los padres en tres categorías (utilizadas también por Ruspini, 2009):

1. Tradicionales: autoritarios y distantes, delegan tanto los cuidados como la educación en la madre, proveen de sustento económico, entran solo en las cuestiones más importantes, no tienen una relación personal, directa y significativa con los hijos, especialmente cuando son pequeños.
2. De transición: nuevos padres a implicación reducida, que comienzan a ocuparse de los cuidados y la educación de los hijos, pero su rol es todavía subalterno y cuantitativamente muy inferior con respecto al de las madres.
3. Nuevos padres: comparten la responsabilidad parental, dividiendo de forma equitativa el cuidado cotidiano de los hijos.

Hemos comparado los padres estudiados en los años 90 con los del último año y medio. Los “padres tradicionales” se han reducido del 60% al 24% y por tanto han estallado los “padres de transición” que son el restante 76%, cuando antes eran solo un 3%. De todos modos continuamos sin encontrar “nuevos padres” en la terapia, solo uno en esta población de estudio. Un caso raro, que describiremos dentro de poco. Este dato sigue confirmándose incluso en otras observaciones como en el contexto de psicopatologías infantiles no graves (Galante, R. Comunicación personal, 1999) en las supervisiones de los residentes en psicología, por varios especialistas y por el testimonio de compañeros.

Por tanto, cambiaron mucho las familias en terapia, bajan las “parejas tradicionales” en las que la madre no trabaja fuera de casa (17%), y aumentan las “parejas a doble carrera” (que actualmente son más de la mitad y en ocasiones la madre con una carrera profesional más importante), los “padres tradicionales” van desapareciendo, no obstante los “nuevos padres”, los conocidos como “mamá” y que parecen ser un importante factor de protección, están casi ausentes en la clínica habitual. Los “padres de transición”, incluso alguno de los “padres tradicionales”, empiezan a revelarse como un mayor recurso en las terapias familiares respecto a lo que eran en el pasado. Lo sugieren nuestros (aunque modestos) datos en las comparaciones hechas al día de hoy con respecto a las observaciones realizadas en los años 90: los padres que clasificamos como “buen recurso” han aumentado ligeramente, pero sobre todo los llamados “intermedios”, es decir de recurso parcial, han pasado de un tercio al 60%, y los “nulos o nocivos” bajan a uno sobre diez, si bien anteriormente eran un tercio del total. Además, un estudio sobre la colaboración de los padres en las terapias familiares de pacientes con anorexia que analizaba el éxito de todas las terapias llevadas a cabo por nuevos “Centros Mara Selvini

para el tratamiento de trastornos de la alimentación” en varias regiones italianas, y redactado por el centro Mara Selvini de Vicenza (Quadri e Garbin, 2017), confirma la disposición de muchos padres a involucrarse positivamente y lo crucial que puede ser este factor para el resultado de la terapia.

Cuánto hayan cambiado estos padres y cuánto seamos nosotros mismos capaces de valorizarlos, es obviamente la pregunta que debemos hacernos y que no puede presentar una respuesta clara y evidente, si bien están activos ambos factores.

Por lo que se refiere al cambio de los padres, hemos visto que están más bien presentes, por tanto el fenómeno del vacío o de la ausencia no parece muy relevante, por lo menos en esta franja de población del norte de Italia acomodada y culta.

También cabe resaltar que pese al riesgo del “padre débil”, temido por ejemplo por Pietropoli Charmet (1995), no se ha observado relevancia en nuestra casuística. No son débiles en el sentido de presentar alguna afección psicológica o psiquiátrica, diagnosticada y tratada, caso rarísimo en nuestra población (las madres son solo algunas más). Los padres no son débiles desde el punto de vista del éxito profesional, que es en cambio bueno en tres casos sobre cuatro.

Son también poco frecuentes aquellos “padres seductores” hacia los hijos, aquellos que buscan el aplauso, la complicidad, el soporte. Encontramos en cambio y a menudo un sufrimiento bien camuflado o disimulado, es decir trastornos o neurosis de la personalidad de tipo evitativo, sobre todo narcisista, que produce grandes límites empáticos y de afiliación. Y aquí se incluyen bien tres padres sobre cinco. Describiremos un ejemplo en el segundo caso clínico que muestra este artículo.

La otra macro categoría, casi la mitad de los casos, es aquella de unos padres que permanecen psicológicamente “tradicionales”, es decir subalternos a la madre en la educación de los hijos (véase el concepto de hijo crónico en Andolfi, 2001 pág. 35)

Hemos replicado incluso la comparación con los padres de los residentes en psicología, una población con una media de unos quince años mayor respecto a la de nuestros pacientes. E incluso aquí encontramos un dato relevante: los “nuevos padres” eran uno sobre tres al final de los años 90 y siguen siendo al día de hoy uno sobre tres. En las familias relativamente sanas, aquellas que producen personas terapeutas y no pacientes (si al menos estadísticamente hablando podemos considerarlas sanas...) los “nuevos padres” son tantos, probablemente más de la media nacional (respecto a la cual no es fácil tener números exactos, dado el continuo y exponencial crecimiento del fenómeno, y sus características culturales/geográficas). Si en vez de observar a los padres de las estudiantes de la especialidad nos trasladamos sobre sus parejas y las examinamos, nos damos cuenta que el “nuevo padre” de niños pequeños se acerca al 90%, a diferencia de la generación de los terapeutas nacidos en los años 40 y 50 (comenzando por nosotros mismo, los autores, que desde luego no nos hemos beneficiado de un “nuevo padre”)

El Padre como Recurso

Ángelo: Un “Nuevo Padre”

Ángelo llama por teléfono a nuestro centro para pedir, junto a su ex mujer, que tomemos en terapia familiar a su hijo de 22 años, que llamaremos Olmo, que se encuentra en tratamiento desde hace tiempo con un psiquiatra, desafortunadamente sin éxito y con escasísima colaboración, por lo que un pariente psicoterapeuta sugirió intentar un tratamiento familiar. El diagnóstico era incierto: trastorno bipolar o descompensación psicótica de una personalidad borderline o límite cada vez que éste consumía cannabis. Tuvo un traumatismo craneoencefálico a los 17 años como consecuencia de una grave imprudencia, pasando algunos días en coma y con una lenta recuperación. Se trata de un estudiante de bachillerato brillante pero turbulento, al día de hoy ha abandonado diversas carreras universitarias, es totalmente inactivo, delirante, en búsqueda de relaciones sentimentales intensas y peligrosas, con frecuentes fugas de casa, de las que vuelve exhausto y con los pies ensangrentados, después de haber deambulado durante mucho tiempo. Los padres están separados desde que el hijo tenía seis años (hijo único), pero han vuelto ahora a convivir para controlarlo y con una relación más que aceptable entre ellos.

En la entrevista preliminar, que se desarrolla en ausencia del hijo a petición de los padres y es dirigida por uno de nosotros (Selvini) según la praxis descrita en nuestro último volumen (Cirillo et al., 2018), los padres nos revelan que el chico no es conocedor de un secreto que sin embargo le concierne: Ángelo no es su padre.

La familia vive en una pequeña ciudad del norte del Véneto donde la paternidad de Olmo es bastante conocida: el padre biológico gestiona una tienda de música que es un lugar de encuentro entre jóvenes y en cual el chico ha trabajado recientemente, siendo sometido a una serie de burlas por parte del gestor, que le decía: “cuando muera te dejaré un reloj” o “¿te has dado cuenta que tenemos las mismas orejas?”. Cuando Olmo pide aclaraciones a sus padres, no recibe ninguna explicación. Al finalizar la primera entrevista, los padres coinciden en revelar el secreto (por los criterios que nos orientan en tal sentido Selvini 1996). El chico participa y colabora de manera sorprendente en las primeras dos sesiones, dirigidas y guiadas por Cirillo con la supervisión de Selvini tras el espejo unidireccional, para después abandonar la terapia. Sucesivamente también la madre dejará de acudir, por lo que el eje del tratamiento será Ángelo, seguido individualmente por Cirillo durante muchos años hasta el retorno de Olmo, en seguimiento a su vez por una compañera, hasta la remisión de los síntomas del chico, la estabilidad profesional, el matrimonio y la paternidad.

¿Cuál es el tema sobre el cual Ángelo trabajó durante más de quince años? El sentido de su paternidad. Ángelo se casó muy pronto pese a que era consciente de ser homosexual, información de la que su joven esposa era sabedora; estamos al final de los años 60 y los dos cónyuges, en una confusa ideología de la “pareja abierta” se autorizan recíprocamente a tener relaciones amorosas paralelas, él con parejas ocasionales, ella con hombres de los que se enamora y ve públicamente, relaciones que hieren mucho a ambos. Cuando la joven mujer se queda embarazada y el hombre de aquel momento rechaza tanto vivir con ella como reconocer la paternidad del hijo que espera, decide pedir ayuda a

Ángelo, que acepta, haciéndose cargo escrupulosamente y con alegría del pequeño. Cuando los dos se separan pondrán en práctica uno de los ejemplos de tutela compartida, y Ángelo se revelará bajo todos los aspectos de cuidados y crianza un precursor de los “nuevos padres”. En terapia se pregunta de manera tormentosa: ¿He sido, como he pensado siempre, un buen padre para este chico, o en cambio he sido un desastre, como le ha reprochado Olmo en las primeras sesiones, alguien que ha idolatrado al hijo, transformándolo en un trofeo narcisista para equilibrar sus faltas? El hombre tiene un ligero defecto físico que le lleva a cojear, y que vive con un profundo sentido de vergüenza, la madre le hizo pesar su discapacidad y el padre, que ignora su homosexualidad, lo desprecia. Por consecuencia, él posee el culto de la belleza de Olmo, cosa que molesta de forma abierta al hijo. El chico, ha descubierto a los 12 años, de manera traumática, la orientación sexual del padre, y vive con gran tristeza el hecho que éste no posea una pareja y que afectivamente solo puede apoyarse en él. Tras los primeros meses de terapia, Ángelo aporta a la sesión dos sueños. El primero: “Manipulo el ano de Olmo, sucio de heces preguntando: ¿pero estas son cosas que hace un padre a un hijo adulto?”. El segundo: “Mi padre me daba de comer una mano humana, arrancando los dedos uno por uno tal y como se haría con las patas de una gallina y me decía: es la mano de la comadrona”. Cirillo elige trabajar sobre el material onírico en la línea de lo indicado por Colangelo (2006), es decir, como un mensaje enviado al terapeuta, y juntos descodifican así los sueños: la terapia obliga Ángelo a tocar temas duros y vergonzosos ¿pero él como puede meter las manos si no las tiene? Necesita de la confianza del terapeuta, como si fuera una comadrona, que lo estimula a poder conseguir lo que quiere. Ángelo no olvidará nunca esta devolución, que lo legitima como único recurso terapéutico para su hijo: tolerará todas las provocaciones, resistiendo durante largos años a las pruebas a las que lo somete Olmo, sobretodo rechazándolo como su auténtico padre. El hijo lo abandona bajo todos los aspectos, primero eligiendo ir a vivir con su padre biológico, después, cuando esta relación se revela decepcionante y frustrante, decide entrar en una secta, pasando por convivencias diversas, finalmente decide mudarse a casa de una ex profesora con la que había tenido una relación sexual a los dieciséis años, dándose cuenta diez años después de que fue objeto de abuso. Ángelo atraviesa con infinita paciencia todas las travesías llevando a las sesiones toda su angustia, sin jamás dejar de apoyar totalmente a su hijo aunque en el plan económico, de modular los contactos telefónicos con él que lo rechaza, de ir a rescatarlo cuando desaparece, obteniendo finalmente el acercamiento y consiguiendo una cierta serenidad cuando Olmo recupera su bienestar.

Aportamos un extracto de sus felicitaciones navideñas de hace algunos años, cuando la terapia parecía finalizada (se retomará en la ocasión de una dramática recaída del hijo, hoy afortunadamente superada desde hace años)

“Querido Doctor Cirillo, hoy es Navidad y estoy solo en casa, Olmo está con su abuelo materno, el cual seguramente no verá otra Navidad. Estaremos juntos mañana. Esta mañana me ha llamado por teléfono para felicitarme. Eran las nueve y había estado en el laboratorio para terminar un instrumento. Ha dejado la universidad y esta aprendiendo a construir guitarras. Puede que en este taller lo contraten, lo necesitan justo ahí, donde hace años lo acogieron cuando necesitaba ayuda. Un gran cambio. Pienso en él y sonrío: es Navidad, estoy solo y sonrío. Recuerdo otras navidades cuando no sonreía. Ahora puedo. Por eso le digo gracias. Usted me dijo varias veces que esto ha sido un juego de equipo,

pero sin un capitán especial un equipo no puede llegar a conseguirlo. Por eso le digo una vez más gracias (...)"

Este excepcional ejemplo de "nuevo padre" nos lleva a hacernos una pregunta: ¿Y dónde está la madre? ¿Dónde ha ido a parar en la terapia y en la vida del hijo? ¿Cuánto ha delegado y ha estado ausente, y cuánto ha sido excluida y deslegitimada? En una ocasión al inicio de la terapia, Olmo dirá a su padre: "Papá, tú y yo vamos a terapia y nos cuestionamos, pero la que tendría una verdadera necesidad, no va." Se trata de una mujer que bajo algunos aspectos sigue siendo como una niña, necesitaba el consuelo del hijo en sus desaventuras amorosas en una inversión de roles que llevó a Olmo, a los doce años a decir: "mamá, ¿y si luego por la calle nos toman por pareja?". Es una mujer amargada y decepcionada por los hombres, por Ángelo que la desconcierta y trastorna a los veinte años, con sus excesos sexuales con hombres, por el padre biológico de Olmo que la engaña y la rechaza, y por varias parejas sucesivas. Pero la duda de que la inmersión sin límites de Ángelo en la paternidad le haya impedido encontrar su rol materno, en una dimensión competitiva en la que el "nuevo padre" sustituye a la madre y de ese modo la expulsa (incluso de la terapia), tenemos el deber de plantearla.

Raffaele: Un Padre Tradicional

El otro padre que describiremos, Raffaele, es uno que posee recursos sobre los que difícilmente se podría apostar, un padre que más que "viejo" podemos definirlo "arcaico", indiferente al daño que produce a sus hijos, a los que no obstante quiere, que delinque y acaba regularmente en prisión; Cirillo (2005) lo conoce en el centro de niños maltratados (CBM) por orden del Tribunal de menores. Anteriormente, el trabajo de valoración y tratamiento había abordado la pareja de Raffaele. Se trata de Anna, una mujer toxicómana, con graves trastornos de la personalidad, que fue objeto de abusos por parte del padre, del abuelo y del tío, y que no había protegido la propia hija del abuso sexual de un vecino. El tratamiento tuvo un éxito inesperado debido a la gran inteligencia de la mujer, su capacidad de entrar en sintonía con las necesidades de los hijos, la comprensión de la necesidad de liberarse de la relación con su pareja, en la cárcel por tráfico de drogas, posesión de bienes robados, y otros delitos, y por ello no involucrado en cuidado de los niños.

Años más tarde cuando se le ve por primera vez, Raffaele es un concentrado de rabia: fue excarcelado no porque haya cumplido la pena, sino porque sus condiciones de físicas llegaron a ser incompatibles con el régimen carcelario, ya que padecía un tumor que supuso la extirpación del estómago. Estaba furioso con Dios que lo había hecho enfermar, con la pareja que lo había dejado, él, que la había amado tanto como para arriesgarse y morir por ella, aceptando de correr el riesgo de tener hijos con una VIH desde hace años, y finalmente se muestra implícitamente furioso con el terapeuta que sin lugar a dudas había inducido a Anna a la separación: y es esta furia que le hizo literalmente "comerse" su propio estómago y enfermar. Por tanto llega a la sesión con la quimioterapia en la muñeca, las gafas negras, la cazadora de cuero bien abrochada, los brazos cruzados, determinado a no conceder nada: ¿qué tiene él que ver con el centro del niño maltratado? ¿qué mal le ha

podido hacer a sus hijos? ¿Es Anna, que es una drogadicta, una puta que lo engañó varias veces, es ella que se ha procurado los abusos gracias a su conducta?.

Tanto con Raffaele como con Ángelo la palanca de motivación para engancharlo en un trabajo terapéutico (que no solo rechaza, sino que desprecia, como buen antisocial que aprovecha y manipula los demás, rechazando, rehuendo de la petición de ayuda, que es sinónimo de debilidad y por tanto despreciada) es el descubrimiento de su paternidad. Se da cuenta que, además de privar a sus hijos de su presencia, su funcionamiento antisocial arriesga con contagiarlos con el mensaje que las reglas, las leyes, están hechas para infringirlas. Se da cuenta que cuando evade el arresto domiciliario para ir a escondidas a verlos frente a la escuela, el pequeño (de seis años) le dice: “Papá cuando vienes tienes que disfrazarte sino la policía te encarcelará”. De hecho el hombre que esperaba obtener la libertad provisional y la custodia, considera que es una ulterior persecución haber sido sometido al arresto domiciliario, y por tanto, para salvaguardar la propia dignidad y el propio respeto, lo único que le queda (al no tener más a su mujer, sus hijos, la libertad, el carnet de conducir, la salud, un medio de sustento, mantenido económicamente y conviviendo a disgusto con su madre), rechaza rebajarse para pedir al asistente social de organizarle visitas protegidas con los niños. ¿Y Cirillo pretende que él se ponga de rodillas frente a una cretina de veinte años que no entiende nada de la vida? Él eso no lo hará nunca, peor para ellos. “Ellos” son las instituciones, los representantes de la ley, ciega e injusta que lo quieren derrotar y aniquilar. Como cada antisocial (ver Cirillo, Rangone y Selvini ,1997), la injusticia originaria Raffaele la padeció de su padre. Es hijo de un hombre que deja embarazada una chica más joven, escondiéndole de tener ya cinco hijos, que le lleva a casa desde el instituto durante el embarazo, que se concluirá con la muerte del recién nacido en el parto. Raffaele nacerá inmediatamente después, no reconocido por el padre, todavía casado, y a él seguirán otros cuatro niños: Así la familia se divide en “nosotros” (la madre con sus cinco hijos) y los “otros” el padre con sus propios hijos. El padre protegía “los otros” y Raffaele defendió la madre, esperando siempre que recapacitara, que entrara en razón y se separara de la pareja, traficante de droga, que la humillaba y la dominaba, incluso económicamente, pero que ante su fascinación no se separaba nunca. Por esto hoy Raffaele vive un síndrome: aquello que la vida (y el padre) le han quitado, él tiene el derecho a retomarlo, a través de todos los medios lícitos y no. Pero allí donde el terapeuta falla, lo consigue la niña. En un encuentro alargado con los dos hijos, Raffaele, ahora consciente de un trabajo psicoterapéutico que da legitimidad a su sentimiento de haber vivido graves injusticias, si bien sin el derecho de tomarse lo que le faltó de quien no tuvo la culpa, se asocia al terapeuta explicando a los dos hijos el porque de la preocupación del juez ante su caso. De hecho tienen un padre que los ha abandonado, acabando en la cárcel por hacer cosas equivocadas y al cual le “escapa” darles el mal ejemplo, enseñándoles que las reglas están hechas para ser quebrantadas: como cuando salido de prisión y fue a visitarlos, mientras estaban en una comunidad con la madre, diciendo a la educadora que nos les compraría muchos dulces a los hijos, y que mejor que comieran solo uno, para después hacer lo que le diera la gana. Una vez entrados en el espíritu del tratamiento, los niños vienen explorados por el terapeuta acerca de las emociones que sienten con respeto al padre, que los incita a expresarse libremente. La mayor, que ahora tiene ya once años, dirá que cuando está en la escuela los papas acompañan a los compañeros a recoger las notas, y que a veces está un poco enfadada con él, ya que no puede acompañarla al estar siempre en la cárcel. Y tampoco ahora lo ve casi nunca.... ¿Y qué podría hacer el papá para resolver

este problema? ¿Podría pedir al asistente social el permiso para vernos! Cirillo casi se cae de la silla de la emoción. Y Raffaele sale de la sesión y lo hace. Este hombre afirmaba, después de los primeros meses de trabajo, sentir una relación transferencial con el terapeuta como nunca había experimentado: lo había comparado a un amigo, ni siquiera eso, lo comparaba a un padre, no mejor dicho a Dios...Y a pesar de la indicación del terapeuta había siempre rechazado en ir al asistente social: mientras que por su hija lo hace inmediatamente!!! Y esto no lo convierte claramente en un “padre débil”, meses más tarde cuando las metástasis se extendieron al hígado, dirá: “Sabe Doctor, ir a su consulta, me hizo verdaderamente daño: antes yo era fuerte, un tanque, si alguien estaba mal no me importaba. Ahora si alguien se pone triste me pongo a llorar”. Este era el signo de que la coraza antisocial se había abierto y dejaba entrar los sentimientos de los demás. Pero la última señal de dignidad y de su propia fuerza, Raffaele lo demostró a los hijos en su lecho de muerte, despidiéndose de ellos con coraje y serenidad.

Tener Confianza en los Recursos de los Padres

Cuando en las clases enseñamos a los residentes en psicología, que como sabemos son casi en su totalidad mujeres, los vídeos de estos u otros tratamientos similares con padres hostiles o en cualquier modo difíciles, la pregunta que aparece regularmente es: ¿Pero si el terapeuta hubiera sido una mujer, la terapia hubiera funcionado de la misma manera? Durante años hemos buscado varios tipos de respuesta, apuntando sobre los aspectos específicos de los recursos de las terapeutas de sexo femenino en los encuentros con padres. Pero ahora nos hemos dado cuenta que la pregunta estaba mal formulada. La pregunta justa sería: ¿De donde un terapeuta, sea mujer u hombre, puede obtener la confianza para que el sujeto que tiene delante pueda encontrar en sí mismo los recursos para ser o para convertirse en un “buen padre”, un “padre reparador”? Debemos recordar, que las profesiones de ayuda son hoy en día en su mayoría desarrolladas por mujeres, y los hombres (como los relatores de este artículo) se están extinguiendo: pero incluso los pacientes son en su mayoría mujeres, en cuanto la atención, la reflexión sobre sí mismos, la disposición a ponerse en discusión, a acceder a un proceso autocrítico constructivo se reconocen más a menudo en las mujeres que en los hombres. Tengamos presente, los consejos de un gran psicoterapeuta americano, William Doherty, que en su libro sobre la ética en psicoterapia (1995) subraya que las tres virtudes que un psicoterapeuta debe poseer son la participación, la prudencia y el coraje: y uno de los momentos donde debe mostrar el propio coraje es en el intentar enganchar en la terapia incluso a los hombres, los padres, no obstante puedan parecer hostiles y reacios, en vez de conformarse en seguir solo a sus mujeres más predispuestas a preguntarse en qué y cómo cambiar para contribuir a la recuperación del bienestar del hijo. Hoy muchos terapeutas se proponer seguir estas indicaciones de Doherty saliendo de las consolidadas costumbres de terapia paralelas madre/hijo: y por eso los hemos identificado como “nuevos terapeutas”. Pero los obstáculos contra los cuales se enfrentan son muchos e importantes y se trata sobre todo de obstáculos internos, de resonancias que desvían o pueden cegar al terapeuta.

Viejos y Nuevos Terapeutas deben Luchar con sus Resonancias Paternas

Mara Selvini Palazzoli: Hacerle Frente al Padre

Nos parece oportuno iniciar la enumeración de las dificultades biográficas que obstaculizan el apostar de modo directo sobre los recursos de los padres, desde el ejemplo de nuestra maestra (y madre de uno de nosotros) Mara Selvini Palazzoli. Aquí encontramos un “padre tradicional”, un industrial de éxito, hecho a si mismo, que no ha conocido nunca verdaderamente a sus hijos y mucho menos a la cuarta Mara. Ella contaba a menudo como ejemplo, que cuando estaba al final de la licenciatura en medicina, el padre la presentaba a los frecuentes invitados a comidas de trabajo en casa como: “mi abogada” (evidentemente un deseo suyo que no se había realizado)

Mara no pudo vivir ni una cercanía, ni un auténtico acercamiento, no obstante consiguió estar a su lado en sus últimos años, cuando estaba solo y deprimido. Pero para ella la resonancia central fue la capacidad de hacer frente a un padre despótico e irracional. Contaba de hecho que todos eran aterrorizados por su padre, solo ella no retrocedía ni un palmo, ante chillidos y amenazas de desheredarla. Decisiva fue su capacidad de elegir para ella lo que más le interesaba, sin dejarse condicionar por alguna delegación o mandato familiar. Todo esto tiene seguramente que ver con la invención de las paradojas. Las jóvenes anoréxicas son incapaces de hacer frente a sus padres (y a menudo también a sus madres) y por tanto se trataba de inventar un método rápido, una provocación capaz de empujarlas a dejar de usar la lucha a través del síntoma y a combatir cara a cara, como hizo Mara.

Mara tuvo una madre distante, que la dejó primero a una niñera y más tarde a una retahíla de domésticas. No obstante su madre la tenía en su mente, de modo incluso crítico, ya que la consideraba impetuosa e impulsiva como su padre. Mara pudo vivir con su madre una reconciliación importante en los años en que padeció una enfermedad terminal: redescubriendo el afecto, la gratitud y la estima. De hecho Mara en su carrera fue ciertamente más capaz de generar un impacto emotivo sobre las madres. Seguramente dentro de ella albergaba la vieja convicción: los padres no cuentan nada, son las mujeres vestidas de oscuro, con sus pañuelos en la cabeza, que desde el humor de sus cocinas, que conducen verdaderamente el baile (Selvini, M. Comunicación personal, 1980). Y aquí estamos ante una bella paradoja de la terapia familiar: como la Selvini a menudo decía, durante los largos años de terapia individual que ella conducía con las anoréxicas, en la consulta la figura del padre no se aparecía nunca, la escena era dominada por la madre y de su control sobre la vida, además de sobre la alimentación de la hija. Si el cambio sistémico significa por tanto un histórico descubrimiento y valoración de los padres, los protagonistas han sido a menudo personas que han vivido el padre más como un problema, que como un recurso. Personas que han tenido que enfrentarse con sus mismas resonancias. Seguramente Mara fue ayudada por una relación de pareja realmente paritaria, dos médicos que se ayudaban validando sus respectivas carreras y en cualquier aspecto de la vida. Una pareja afortunada, ella compartió muchísimo con su marido, las dudas, las alegrías y los tormentos de ser padres.

Matteo Selvini: Integrar Modelos Competitivos.

Mi padre ha sido un “padre de transición”: recuerdo juegos colectivos con él, historias inventadas. Sin embargo emotivamente en los momentos de debilidad, solo mi madre fue el punto de referencia. Mi madre me dejó a cargo de las niñeras y varias domésticas, a pesar de trabajar con pacientes solamente dos o tres días a la semana. El resto del tiempo estudiaba o escribía en casa, y la suya era una presencia incisiva. Mi padre trabajaba con pacientes el cuádruple que ella, ha sido un óptimo padre porque transmitía a los hijos un gran sentido de seguridad, tranquilidad, solidez, competencia y sin embargo el contacto emotivo no era su punto fuerte. Por ejemplo, entendí tras varios años un largo e incomprensible discurso dado por él en su despacho, tendría yo entonces diez años, enseñándome en un librote unos misteriosos dibujos y dejándome en una perpleja sugestión; fue su moderna educación sexual. Yo en realidad fui instruido, un par de años después por los amigos del oratorio (era todavía la feliz época en la cual la pornografía no existía). En el bien o en el mal, ha sido por tanto mi madre el modelo de cómo se hace el padre, como para la mayor parte de terapeutas. Puede que también por eso, he llegado a ser un alérgico insufrible de todos los análisis sobre aquello que es paterno o materno: la capacidad de ser padres no tiene sexo!!! La distinción entre materno y paterno son peligrosamente sexistas, discriminatorias respecto a las mujeres, un trozo de vieja cultura psicoanalítica patriarcal que se resiste en morir. A pesar de todo mi madre me ha transmitido, incluso demasiado, la capacidad de enfrentarme a los padres, a la autoridad constituida, en mi familia, en la vida, y por tanto también en la terapia, y esto no ha sido siempre positivo, me ha obligado a reflexionar sobre el riesgo de inútiles conflictos y rupturas. Mi padre ha sido un cardiólogo de estrepitosa carrera profesional, a los 39 años fue entre los pocos italianos invitado al congreso mundial de cardiología en París en 1953. Solo una desafortunada circunstancia, la muerte prematura de su tutor, le impidió una carrera universitaria de máximo nivel. Fue un duro golpe, que compensó con una brillante práctica profesional en el circuito privado, con investigaciones y publicaciones. Por mucho tiempo nos pareció mucho más interesado en su mujer que en nosotros los tres hijos. Pero siempre hemos tenido momentos bonitos con él: memorables dobles de tenis con mi madre y mi hermano... Era yo un joven adulto cuando me invitó a una semana de vacaciones solo con él. Fue bonito, extraño y nuevo. Progresivamente la confianza entre nosotros creció, fue incluso de forma excesiva un apasionado sostenedor de mi carrera profesional, he tenido la dolorosa fortuna de asistirlo diariamente durante sus últimos terribles meses y hemos podido saludarlo todos juntos en sus últimos instantes. Este descubrimiento va de la mano con el de convertirme en padre de tres hijos, el nuevo marido de mi esposa, e hizo ciertamente crecer mi capacidad de resonancia empática, donde anteriormente había prevalecido la pasión luchadora de la competición. (Selvini)

Stefano Cirillo: Alegrías y Penas del la Paternidad

El primer padre a los recursos del cual me esforcé en apostar fue el mío. Como veremos en el testimonio de Anna Maria que sigue a continuación; también la vida de mi padre estuvo dramáticamente marcada por la guerra. Hijo de un oficial de la Marina, que había peregrinado con su familia por varias ciudades de Italia, para acabar en Roma, mi padre, con la ilusión de anticipar el tiempo de su propia independencia, inició el servicio

militar en Marina (en aquel tiempo más largo que el del ejército, dos años) cuando todavía no había terminado la facultad de derecho, llevando acabo sucesivamente los últimos exámenes: pero cerca ya de su licenciatura, fue mandado a la guerra de África y sin solución de continuidad la explosión de la Segunda Guerra Mundial lo mantuvo en servicio. Durante un permiso en una localidad de las Alpes donde iba a escalar, su grande pasión juvenil, había conocido a mi madre, descubriendo que en Roma vivían uno frente a otro y que ella también era hija de un almirante, convertido en embajador. Cuando finalmente en el '45 dejó el ejército, primero escondiéndose en una parroquia, y después dentro de casa, su novia, ahora ya con 32 años y siendo dos años mayor que él (secreto que nosotros los hijos hemos descubierto solo tras su muerte) lo convenció a casarse lo más pronto posible, aceptando la convivencia con los suegros y un tenor de vida muy modesto, garantizado por dos míseros empleos, él trabajaba para los Americanos, ella en el ministerio de exteriores. Cuando tenía poco menos de dos años, decidieron dejarme en casa de mis abuelos para buscar fortuna en Milán. Papa había renunciado a su sueño de juventud de heredar el estudio notarial de un tío sin hijos: hubiera necesitado demasiado tiempo para estudiar y presentarse a la oposición. Así que aceptó un trabajo en publicidad, campo en el cual se quedó durante toda su vida laboral y profesional, no obstante con su carácter, preciso y meticulouso pero con escasa fantasía, le habría ido mejor la carrera notarial que una actividad creativa. Los inicios de la vida Milanesa fueron duros: cuando me llevaron con ellos, recogiéndome de Roma, vivíamos en una habitación amueblada y acababa de nacer mi hermanita; nos trasladamos de inmediato a un pequeño apartamento, donde nació mi segunda hermana, y en el que vivimos hasta mis diez años. No creo que a mi madre le pesara tanto ocuparse a tiempo completo de la casa y los niños, a pesar de haber conocido una vida mucho más brillante, llegando incluso sustituir a su madre en la conducción de la embajada junto a mi abuelo, cuanto la soledad de vivir en una ciudad desconocida, acostumbrada como era ella a estar siempre con sus cuatro hermanas y dos hermanos, además de una gran cantidad de primos. Mi padre trabajaba escrupulosamente, pero no animaba la vida familiar con ninguna iniciativa; tímido e introvertido, amaba apasionadamente su bella esposa, vivaz y divertida, y dejaba a ella cualquier tipo de iniciativa. Fue mi madre, la que encontró el nuevo piso, obteniendo un precio accesible, debido a un cuarto que era demasiado oscuro y fue ella que me inscribió a una escuela privada de los jesuitas, con una cuota ridícula a pagar, gracias a conocidos de Roma. Mientras tanto mi padre aceptaba, aprobaba y admiraba. Él había tenido una madre formal y reprimida y ahora disfrutaba del calor y de los cuidados de su esposa. Pensaba que mi madre era una optima madre y que era suficiente. Cuarenta años más tarde me contó serenamente, que él nunca deseó tener hijos, pero que claramente, no se iba a oponer al grande deseo de mi madre. Cuando mi madre tenía alguna duda sobre alguna elección respecto a los hijos, en especial modo por el colegio de una de mis hermanas, que tenían algunas dificultades académicas, ¿a quién pedía consejo? Parece absurdo, pero me lo pedía a mí, que era tranquilo y reflexivo, buen estudiante, pero que aun así seguía siendo un chico, y no del todo maduro. En resumen teníamos una vida sencilla, no salíamos con nadie, no tuvimos coche hasta mis catorce años, pero considero que fuimos felices. Nuestra vida cambiaba en verano, cuando mi madre y nosotros los niños nos mudábamos durante tres meses a un pueblecito perdido en las Alpes, donde se reunía la gran familia Romana de hermanas, primas, amigas de la mama con sus hijos y el abuelo paterno con la querida hermana de papá, interrumpiendo de esa forma el exilio milanés: ella y papá se escribían todos los días, hasta que él venía por dos semanas de vacaciones. A mis doce años, por

cosas del azar, mi madre entró en un grupo cultural y religioso, llegando a ser rápidamente una gran amiga de todas las señoras de la burguesía milanesa, y gracias a ello nuestra vida cambió. Nos inscribieron en los scout con los hijos de estas familias, empezaron a invitarnos a sus casas y nosotros hacíamos lo mismo. Solo mi padre, no fue más allá de los intercambios educados con los maridos de las amigas de mi madre, pero con él se conformaba. Fueron cinco espléndidos años, cuando de repente mi madre murió de infarto un domingo por la mañana, tres días antes de mi decimoséptimo cumpleaños. Antes de despertar a mis hermanas, después de que saliera el médico impotente, mi padre llorando me preguntó: “y tú, Stefano, ¿que harás tú que la querías tanto?” Mi respuesta todavía ahora me sorprende: “ahora te querré a ti” Y así fue, mi padre continuó viviendo, sostenido por el sentido del deber hacia nosotros los hijos y lo hizo lo mejor que supo, ayudado en la gestión de la casa de forma válida por una mujer de servicio, como se diría entonces, que había querido mucho a mi madre que la había ayudado en varias ocasiones, y gracias a las amigas de mi madre que se volcaron para ayudarnos. Pero en realidad el verdadero padre no sabía hacerlo. De ir a la montaña en verano no se habló nunca más, para él habría sido demasiado doloroso. Tras las primeras vacaciones en la playa, ayudado siempre por la colaboración de una de las tías y de su familia (mi padre se juntó mucho con su cuñado), no hicimos más vacaciones todos juntos: él iba por su cuenta y cada uno de nosotros con una tía o invitados por alguna amiga de mi madre, más adelante fuimos solos a una posada en la montaña donde nos conocían desde que éramos niños. Se convirtió en algo natural que mi padre nos delegara una serie de tareas, y a mí en especial modo, el cuidado de mis hermanas. Todavía recuerdo la vergüenza de cuándo las acompañaba al médico y más adelante en el vigilar cuales eran sus compañías, vestimenta y el maquillaje, como debía ser en una buena familia meridional. Sin embargo no ha sido eso lo más difícil. Mi rol de padre, que empezó cuando mi madre me preguntaba que hacer con mi hermana, sufrió un incremento importante ya que me convertí en el consejero de mi padre. ¿En cómo debía hacer él el padre? ¿Y cómo podía conciliarlo con su árida soledad afectiva en la que había precipitado a los 48 años? ¿Qué consejos podía darle yo, un chico de veinte años torpe y patoso? Realmente no consigo imaginarlo: Sé que mis hermanas y yo no lo dejamos solo ni siquiera una noche, nunca hemos salido los tres contemporáneamente un sábado, siempre nos hemos turnado para prepararle la cena, recogerle y hacerle compañía. Nunca hablé con él de mi madre: Él, pobre, a veces lo intentaba, pero yo no podía y rarísimas veces le hablé de mi, si bien le dejé leer en ocasiones algo que escribía (poesías de adolescente y reflexiones) que lo asustaban porque me veía demasiado sensible, demasiado inseguro, demasiado inerte e indefenso: “¿Pero cómo podrás enfrentarte a la vida? ” Y luego me pedía consejos sobre cómo gestionar su vida sentimental!!! Un padre de familia, viudo con tres hijos adolescentes que se había comprado un coche deportivo!!! Tras nueve años finalmente se volvió a casar, con una amiga de su hermana, y decidió mudarse a Roma. Nosotros decidimos quedarnos en Milán, jóvenes adultos (pero mi hermana pequeña tenía solo 22 años) y nos casamos los tres muy pronto, como se usaba en aquel entonces: él dividió escrupulosamente su vida en dos, la mayor parte del tiempo en su nuevo rol de marido, y una parte de las vacaciones (al principio incluso alguna visita fija en los fines de semana) con nosotros los hijos, y más tarde con nuestras familias. Conmigo de adulto tuvo siempre manifestaciones de estima y de gran afecto. Pero continuó a pedirme consejos, concretamente cuando mi hermana tuvo problemas de pareja y más tarde con una separación. Cuando enfermó de Alzheimer, su dependencia destructiva alcanzó su punto

álgido, y hoy entiendo por primera vez con claridad que cuándo ayudo a un padre con dificultades, no dejo de hacer aquello que siempre hice. (Cirillo)

Anna María Sorrentino: Comprender y Calmar al Padre.

Cuando nací, en el 1946, mi padre Raffaele tenía 29 años, diez de los cuales los pasó en tiempos de guerra, fue cadete de marina durante el servicio militar e involucrado en la guerra de África. Sé poco de aquellos años que deben haber tenido unos contenidos dramáticos y de los cuales no hablaba nunca: solo breves apuntes acerca de haber visto morir en el mar a sus compañeros cuyos cadáveres, hinchados por el agua, chocaban contra la nave en el mar en tempestad. Quedan paquetes de largas cartas guardadas por mi madre, completamente tachadas, salvo por la primera y la última línea, por el ministerio de guerra, ya que, como había entrado en los servicios secretos, cada palabra podría haber sido significativa del lugar o de la actividad que desarrollaban. Volvió de la guerra por su pequeña novia, con la que había salido no más de diez veces en dos años, con medio pulmón por una pleuritis que contrajo en un campo de concentración, desanimado, sin trabajo, y sin ganas de vivir.

Ella, que no tenía noticias suyas desde hacía un par de años y que pensaba haberlo perdido, estaba meditando entrar en un convento de clausura, pero comprendió que tenía que acoger su juventud herida y decidió casarse con él en tres meses. Yo nací 8 meses después, de forma prematura.

Once meses después, nació mi hermano Giuseppe, el único varón de nuestra familia. Nació tras un parto en casa, prematuro, y sufrió una parálisis cerebral infantil de la cual nadie se dio cuenta, sino que se hizo evidente a lo largo de su crecimiento. Era un niño precioso, un poco torpe: el diagnóstico fue tardío, obtenido por la presión de mi madre, que no estaba tranquila ya que se había dado cuenta que su desarrollo era lento. Más tarde exámenes neurológicos más específicos, hechos por eminencias de aquella época, dieron la confirmación.

Aquellos años épicos y dolorosos marcaron su relación de pareja: ella tenía un buen trabajo, una buena cultura, y una gran fe. Él había vuelto traumatizado, pero con su ayuda aceptó volver a empezar y reconstruirse. Aceptó un trabajo de obrero (ya que su diplomatura era como papel mojado), y progresivamente se cualificó asistiendo a cursos nocturnos, trabajó sin descanso y llegó a ser un gran profesional, crió a sus seis hijos, manteniéndolos económicamente hasta que terminaron los estudios. Los años de su juventud, marcados por una guerra, y las duras pruebas que la vida le impuso, hiriendo su paternidad, marcaron para siempre su carácter, provocando aquellas repentinas disforias frente a los conflictos, que para no acabar en acciones violentas, lo llevaron a cerrarse en sí mismo, dejando entrever la tensión agresiva que existía debajo.

Estos momentos tensos, eran prerrogativa de mi madre a nuestros ojos: ella se ocupaba de tranquilizarlo y el nunca perdió la compostura con nosotros, no obstante fuera un hombre severo y a la vieja usanza, con sus principios y sus reglas de comportamiento: Se dirigía a su padre de usted, nosotros nos dirigíamos a él tuteándolo, pero pretendía

siempre el debido respeto. Sin embargo, sentíamos que no podíamos hacerle frente, ni contrarrestarlo.

Cuando tenía diez años mi madre enfermó gravemente y yo, aterrorizada de poder perderla, vi como él luchó por su vida haciendo por ella todo lo posible. Yo era la mayor y por tanto muy responsable. Me convertí en una persona ansiosa, sabia, de confianza y organizada. Por ello en mi adolescencia, consciente de mi inevitable madurez, lo encontraba absurdo en sus intentos de control y en el profundo de mi ser me oponía, no abiertamente, por temor a esa agresividad subterránea que había aprendido a no provocar, pero restringiendo y negándole mi confianza. Mi madre mediaba entre los dos explicándome sus razones, y no tengo dudas, que explicándole a su vez las mías. Me juré a mí misma, que buscaría un hombre distinto, cosa que en efecto sucedió. Y sin avergonzarme de él recuerdo de manera conmovedora la ternura con la que me acariciaba la cara, su mano caliente y segura, sus juegos en la playa cuando me sacaba de las olas que me sumergían, o la casita de muñecas que me había construido, junto a un avión para mi hermano, una de las primeras navidades de nuestra vida, cuando los juguetes escaseaban, o la sensación de protección que su presencia representaba para todos nosotros.

Me cuesta mucho clasificarlo: del “viejo padre” tenía la convicción de tener que educar con la imposición y con escaso espacio para el dialogo. Puede que fuera un “padre de transición”, estimaba a mi madre, mujer de carrera a la par de la suya o incluso superior: la dejaba actuar en el ámbito educativo sin asumir un rol subordinado. No renunciaba claramente en el controlar: sabía todo acerca de nosotros a través de la mediación de mi madre que no le hacía faltar información. Para los aspectos educativos era muy conservador: a la edad de 23 años, ya licenciada y profesora, todavía no podía ver por completo un espectáculo en la Escala porque ¡terminaba después de las doce de la noche! Aceptó con dignidad la herida narcisista por el déficit de su hijo, amándolo y protegiendo su vida hasta el último respiro.

¿En qué modo me ha enseñado a ser padre? No sé decirlo: Si bien siento que la figura de mi madre, frágil físicamente, pero dedicada y determinada a estar en la vida de los hijos, vive dentro de mí. De mi padre he tenido el ejemplo de la tenacidad y del empeño que se necesita para ser padres, un estado que tiene inicio, pero que no termina jamás.

Mis compañeros de trabajo dicen que a menudo en terapia, los padres agresivos y amenazantes me alarman, por lo que tiendo a apaciguarlos. Puede que sea verdad. Pero soy consciente de que sé comprender los padres y sus dificultades en terapia, haciendo como hacía mi madre, tiendo a tranquilizarlos, sin atacar, conduciéndolos así de otra forma hacia sus responsabilidades. Entiendo las posibles razones que presentan, aunque mi tendencia es la privilegiar el diálogo y la inversión terapéutica sobre las madres, que sin duda se ofrecen mucho más a menudo a la tarea. Así es como ayudo a mis hijas a ser el eje de su núcleo familiar, incitándolas a comprender a sus parejas, más que a exigirles o atacarles. (Sorrentino)

Los Testimonios de los Residentes de la Especialidad en Psicología.

Ha sido para nosotros verdaderamente interesante entrevistar a los residentes de psicología de los últimos años, al final de los cinco años del trayecto de formación personal, sobre su conciencia del nexo entre la relación con sus padres y con los padres vistos en terapia: ¡se ha abierto un mundo! Como nuestros testimonios de los que aquí escriben, son verdaderamente tantos los terapeutas en formación crecidos en una estrecha relación con sus madres, sin embargo vemos como los padres están ganando terreno:

Hijas e Hijos de “Padres Tradicionales”

Muchos testimonian de manera cristalina como el haber tenido un “padre tradicional” los haya llevado, especialmente al inicio de sus carreras profesionales, a ignorar los padres, a dar por asumido su ausencia. “Para mí es árabe oír hablar de una relación estrecha con un padre “(Adele)”, “Debo recordar que existen los padres” (Federica). El trabajo de auto-conocimiento les ha ayudado a cambiar muchísimo: “Me he pasado al polo opuesto, ahora los quiero” (Selene)

Hijas e Hijos de Padres de Transición

Cinzia cuenta de un “padre tradicional”, que ha jugado mucho con ella y ha sido un buen marido. Siente que esto la ayuda a proponer estas mismas cosas, con más facilidad, a los padres en terapia: si no consiguen hacer nada mejor que organicen juegos con los hijos y que sean una buena ayuda para la mamá. Muchos residentes en psicología tienen una experiencia similar a la de Matteo Selvini: una recuperación del padre en edad adulta, que los ha ayudado no solo como personas, sino también a tener más confianza y naturalidad a la hora de tratar con los padres (Rosella). Proponemos ahora textualmente el testimonio de Francesca:

Mi padre era en la frontera entre el “padre tradicional” y el “padre medio”: Ha trabajado siempre muchísimo, realizando numerosos viajes. En cambio a partir del bachillerato lo he descubierto cada vez más, cómplice de ello, la ausencia de mi madre debido a un ictus que sufrió mi abuela. Mi padre siempre incentivó mis empujes evolutivos (vacaciones sola, volver más tarde, fines de semana con el novio), a diferencia de mi madre. Gracias a él, he podido comenzar a volar, debido a la fuerte confianza que tenía en mí. Sobre la base de todo esto, tiendo siempre a invitar a los padres, incluso cuando parecen ausentes y periféricos. En el pasado pude ver cómo me obsesionada demasiado sobre su activación...

Raffaella (48 años cuatro hijos) cuenta un análogo descubrimiento del padre en torno a los veinte años. Muy importante porque la ayudó a contener una excesiva intromisión de su madre. Y esto provocó que al principio de su carrera profesional se encontrara más a gusto con los padres. Se sintió además muy ayudada al poder contar con su pareja: un “nuevo marido” y “nuevo padre”.

Francesco (50 años) tuvo un “padre tradicional” que le hizo vivir atemorizado, hasta llegar a odiarlo, sin embargo el haber recuperado con el tiempo una relación positiva, le

hizo capaz de recuperar a los padres en terapia. Otra como Manuela cuenta el clásico trabajo duro de la triangulación: “lo vivía como la víctima de una esposa/madre mala.”

Hijas e Hijos de Nuevos Padres

Los que han podido gozar de un nuevo padre, cuentan siempre una buena y natural relación con los mismos. Esto claramente no excluye que se manifiesten otros problemas: Christelle ha tenido un “nuevo padre”, presente, afectuoso, pero los aspectos positivos han sido gravemente perjudicados tras verlo maltratar a su madre, haciéndola sufrir. Esto le causó un conflicto de lealtad, en el cual el acercamiento a la madre ha sido predominante.

Todo esto, sin embargo no influye para que se sienta cómoda a la hora de tratar con los padres en terapia: aprendió a conocerlos y a discutir con ellos. La misma experiencia vivida por Elisa, que subraya también la terapia de un padre impulsivo e incómodo. Sabrina lo ha perdido demasiado pronto y siente que esto la empuja a no “perder el momento”, pues no hay tiempo.

Werner ha sido criado por el padre porque la madre abandonó la familia cuando él y su hermano eran pequeñísimos. Siente el riesgo de dar demasiada atención a los padres y pocas a las madres. Algo similar a Petra también criada por el padre ya que la madre estaba enferma: “tengo la tendencia en aliarme más fácilmente con los padres y a infravalorar a las madres”.

Conclusiones

Muchos otros testimonios de residentes en psicología, como los anteriormente citados, muestran que muchos terapeutas, la gran mayoría, que no han gozado de un tipo de “padre nuevo”, deben realizar un trabajo sobre sí mismos para aprender a enfrentarse a los padres que encontrarán en terapia y así poder valorizarlos como recurso. Esto debería ser aplicado incluso en el trabajo con las madres, ya que es crucial: conseguir convencerlas de que pueden dejar espacio y confianza al padre. Y es muy difícil transmitir esto si no lo llevamos dentro.

Para ello ayuda el protocolo de la terapia familiar que indica cómo realizar las convocatorias. Pero no basta. Existe siempre el riesgo de no considerarlos verdaderamente como un recurso...Ayuda ser una madre que cuenta con un marido “nuevo padre”. Ayuda ser un “nuevo padre” buscando modelos que no han sido entregados por nuestros padres sino por otras figuras de referencias...normalmente por las buenas madres. Ayuda un trabajo de equipo que nos muestra nuestros puntos ciegos/automatismos. Ayuda pensar que en la función de ser padres la diferencia materno/paterno es verdaderamente mínima y no deben ser inventadas, acentuadas, construidas como se hizo durante siglos con graves daños.

Véase lo que escribe Chiara Saraceno en un reciente artículo en La Repubblica (3 junio 2016):

“...la nostalgia de los buenos tiempos pasados, más o menos mitificados, cuando los hombres eran “los hombres de verdad”, todos de una pieza, la autoridad masculina reconocida y legitimada por las leyes civiles y psicoanalíticas (...) es una nostalgia que inspira a narrativas a veces insostenibles. Se piensa con sospecha de debilidad e incompetencia masculina con la que se tacha de “mamis” los padres cuidadores, o el modo en el cual son considerados los hombres en una pareja en la que ella tiene mayor poder, o el modo a menudo sutil y denigrante con el que son presentadas las personas homosexuales, en particular los hombres (...) No obstante la socialización con modalidades masculinas distintas basadas en la igualdad de género es el único recorrido para superar la violencia contra las mujeres y el feminicidio”.

Sería interesante saber qué tipo de padres han sido los terapeutas que han hecho la historia del psicoanálisis, que han ido siempre en contra, y continúan obstaculizando, la práctica de las sesiones familiares conjuntas. Probablemente se han tratado de padres tradicionales como el mismo Freud. El formato individual puro, con paciente seleccionados, defiende un rol terapéutico de poder y prestigio, al contrario el terapeuta familiar está obligado a sumergirse en un terreno donde los ataques y las descalificaciones son de cotidiana rutina. Un ejercicio de humildad, un ponerse al servicio de los otros, un poco como despertarse por la noche para tranquilizar a un niño que llora, actividad no del todo divertida.

Difícil saber también qué tipo de padres han tenido y han sido los terapeutas que han hecho la historia de la terapia sistémica. Seguramente entre ellos figuran muchos padres separados. Hemos contado de nuestro grupo, donde no ha habido ni hijos de “nuevos padres”, ni separaciones. Podemos claramente afirmar que las familias con dificultades, hoy y en el futuro, encontrarán terapeutas mejores que nosotros porque habrán tenido “nuevos padres”, habrán tenido nuevas parejas paritarias, habrán sido educados en la constante auto-reflexión sobre la transmisión trigeracional.

Referencias bibliográficas

- Andolfi, M., (a cura di) (2001). *Il padre ritrovato*. Milano: Franco Angeli.
- Cirillo S., Rangone G., Selvini M. , (1997), "El subtipo regular de la familia del adolescente antisocial", *Redes: revista de psicoterapia relacional e intervenciones sociales*, 3, pp. 29-42.
- Cirillo S., (2006), *Malos padres: modelos de intervención para recuperar de la capacidad de ser madre y padre*, Gedisa Editorial.
- Cirillo S., Selvini M., Sorrentino A.M., (2018). *Entrar en terapia. Las siete puertas de la Terapia sistémica*, Desclée De Brouwer .
- Colangelo L., (2006), Ma i clienti dei terapeuti sistemici sognano? Uso dei sogni nella psicoterapia individuale sistémica. In: AA.VV., *Famiglie, Gruppi, Individui*. Milano: Franco Angeli.
- Doherty W.J. (1995). *Soul Searching: Why Psychotherapy Must Promote Moral Responsibility*, Basic Books.
- Pietropolli Charmet G. , (1995), *Un nuovo padre*. Milano: Mondadori.

- Quadri M.L., Garbin P., (2017), Padri e figli. Riflessioni sul ruolo del padre nella terapia familiare con pazienti anoressiche bulimiche. *Terapia Familiare*, n. 114, pp. 37-60.
- Quilici M. (2001) Separazione e affidamento: paternità negata? In: Andolfi M. (a cura di), *Il padre ritrovato*. Milano: FrancoAngeli.
- Ruspini E., (2009), *Le identità di genere*, Roma: Carocci.
- Selvini M. (1994), Secretos familiares, cuando el paciente no sabe, *Redes: revista de psicoterapia relacional e intervenciones sociales*, ISSN 1135-8793, Vol. 1, Nº. 2 (2°SEMESTRE), 1996,
- Selvini M. (2000). Vecchi e nuovi padri. *Ecologia della Mente*, 2: 144-163.
- Selvini Palazzoli, M., Cirillo, S., Selvini, M., Sorrentino, A.M. (1988) *Los juegos psicoticos en la familia*, Paidos, Barcelona 1990.
- Selvini Palazzoli M., Cirillo S., Selvini M., Sorrentino A.M. (1998) *Muchachas anoréxicas y bulímicas*, Paidos, Barcelona 1999.
- Zoja L., (2000), *Il gesto di Ettore*, Torino: Bollati Boringhieri.